INFORMACION

ENRIQUE DIEZ-CANEDO

HACE un año partió para siempre ese generoso espíritu que en vida se albergó en el cuerpo de don Enrique Díez-Canedo. ¿Qué oportunidad más propicia para la REVISTA IBEROAMERICANA que recordar, en estas páginas consagradas preferentemente a las letras de España y América, a quien tuvo siempre para los escritores de este Continente una palabra de aliento, un juicio sereno e imparcial, un cordial estímulo para todo lo que significara expresión de la vida hispanoamericana?

Nacido en Badajoz en 1879, estante en Cataluña en sus años mozos, concurrente asiduo al Ateneo de Madrid, adiestrado en París en el aprendizaje de las lenguas, especialmente de la francesa, para ser, más tarde, director de la Escuela de Idiomas de Madrid, Embajador en Suramérica al servicio de la República Española, venido a México para formar parte integrante de la vida intelectual de la metrópoli, por todas partes creó afectos, estrechó amistades, dejó huella honda de su paso, en la cátedra, en el libro, en la revista, por su finura, su ingenio, su cultura.

Sabía ejercer la crítica literaria, especialmente la dramática, sin dogmatismo repelente. Su buen humor, su ironía a flor de labio, sabía evitar todos los escollos de una situación espinosa. Queda ahí lo que escribió, como documento vivo en una época de capital interés para las letras iberoamericanas.

Como crítico, dice Federico de Onís, "es la figura capital de toda la época (se refiere al Modernismo): su situación cronológica en el centro de ella le ha permitido conocerla directamente en toda

su evolución; su temperamento intelectual, abierto y sereno, le ha hecho entenderla en todas las escuelas; su cultura, penetración y buen gusto le han capacitado para juzgarla”.

Sobre la mesa está el libro póstumo de este generoso y noble amigo. Dice la portada: *Letras de América*. Alfonso Reyes, a quien tanto quiso, destaca en el prólogo lo que América le debe, por haber sido entendida en el mundo y haber llegado a la mayoría de edad, en materia de universalidad hispánica.

Al cumplirse el año de su tránsito, nos parece que está todavía cerca de nosotros; que asciende un poco fatigado, por las escaleras de la Facultad de Filosofía y Letras, al caer la tarde; que oímos su voz, que escuchamos su ceceo, a través de la puerta entornada, para perderse en el patio resonante de otras voces amigas.

JULIO JIMÉNEZ RUEDA